

IBIZA O EL VIAJE INMÓVIL

LA ISLA DE LOS VERANOS DE LA "JET SET" Y DE LAS DISCOTECAS BABÉLICAS TIENE, TODAVÍA, UNA SILUETA DE PLAYAS PERFECTAS Y UNA LUZ QUE ES UNA INVITACIÓN AL VIAJE INMÓVIL.

VALENTÍ PUIG ESCRITOR





© F. M.

Llegando por mar, el perfil de la ciudad de Ibiza (*Eivissa* en catalán) —isla del archipiélago balear, en la plenitud mediterránea— tiene la presencia sensual de un sortilegio, muy de mañana sobre el azur de la pequeña bahía. La isla —somnolienta todavía— surge como una lenta revelación, fascinada por la densidad latina y un aire remoto. Dos estatuas romanas —un duumviro togado y la diosa Juno— custodian la entrada a la ciudad vieja que, con la derrota de Cartago, fue parte del gran Imperio Romano, con pleno estatuto de ciudad confederada. Cuando fenicios y cartagineses dominaban las rutas marítimas, Ibiza era una población cosmopolita y esplendorosa. Con los cartagineses, Tanit —diosa de la sensualidad y de la vida fecunda, simbolizada por la paloma y la granada— tutelaba la isla que, modernamente, ha recibido la visita de quienes buscaban un nuevo quietismo: aquellos desposeídos del bienestar espiritual de Occidente —aunque herederos de su bienestar material— han conseguido ya comprender que el escepticismo mediterráneo era una lección aprovechable. La isla de los veranos de la “jet set” y de las discotecas babélicas tiene todavía una silueta de playas perfectas y una luz que es una invitación al viaje inmóvil.

Ibiza conoció todas las invasiones posibles: los navegantes del Mediterráneo arcaico, griegos y cartagineses, las naves romanas, los vándalos, los ostrogodos y el Imperio de Bizancio, los sarracenos y los vikingos. En ella se adoró a Tanit, a los dioses romanos y a Alá. En el puerto, un monumento proclama el agradecimiento de Ibiza—cuatro veces asaltada por los turcos— a sus corsarios. En la ciudad vieja perduran los blasones de los más nobles linajes sobre las fachadas de las casas pa-

tricias. Difícilmente el frenesí internacional podría perturbar para siempre el reposo de las calles y las plazuelas, en pausada metamorfosis desde el amanecer hasta que la oscuridad cae, sensible como un espejismo a la cegadora luz de agosto o a la suavidad otoñal. La isla tiene una superficie de 567 km² y un paisaje sin grandes elevaciones, con romero, brezo invernal y sabinas. En la campiña, las iglesias —refugio en caso de ataque— con campanario y pórtico, conservan formas de mezquita árabe. Fulgura el blanco de las casas, austera belleza volumétrica a la que se añaden cúbicamente nuevos volúmenes modulares cuando falta espacio: toda una teoría de la funcionalidad muy apreciada por los arquitectos contemporáneos. Ese blanqueado de las casas ibicencas, en las noches de luna, tiene cualidades de fosforescencia.

El paisaje ibicenco fue destino de la contracultura, en un tiempo perdido de la civilización occidental. Al abrigo de los atavismos isleños, el desencanto de los grupos juveniles de los años sesenta procuraba encontrar una nueva pauta de existencia más adecuada al hombre. Ibiza se convirtió en la meca de una peregrinación que podía iniciarse en Berkeley, Manhattan o Carnaby Street y terminar en una solitaria playa de la isla, antes de iniciar una nueva etapa que llegaría hasta Katmandú. Por aquel entonces, las ceremonias contraculturales se celebraban en los lugares donde, décadas antes, todavía hacían acto de presencia los ritos del campesinado indígena. En la ciudad vieja, la catedral es ejemplo de un fascinante palimpsesto arquitectónico: se construyó sobre un antiguo templo gótico, que ya se había edificado sobre una mezquita árabe y la mezquita, a su vez, se levantaba en un lugar que habían ocupado templos

púnicos y romanos. Tal vez esta sedimentación de factores antagónicos y la endogamia propia de la sociedad ibicenca son los dos polos que suman tolerancia y supervivencia y conviven con todos los ritos y locuras cosmopolitas cuando la impertertable calma sabe mantener vivas tantas noches de verano, con el apogeo de doscientas salas de fiestas y tres mil bares. Pero los atractivos de la prosperidad no turban del todo el equilibrio antropológico de la isla: hablar de dos Ibizas cada vez que un naufrago internacional de las últimas modas y trepidaciones pasa junto a una anciana campesina ibicenca, enlutada de pies a cabeza, tal vez sea una incomprensión porque Ibiza —en pleno verano o cada mañana de invierno, en los cafés donde se reúne la flotante población cosmopolita— es una simbiosis única y paradójica, un único microcosmos vivificado por incompatibilidades superadas, intereses bien entendidos y contradicciones que su vitalidad asimila en el acto. Más allá de los hoteles y las discotecas hay un bosquecillo de sabinas y, más allá todavía, la cala inédita, majestuosa de sol y conmovedora al ocaso. Cuando el sol declina, todo parece una nostalgia sin objeto. En la ciudad vieja, cada recordo lleva a un nuevo ángulo de visión del hermoso y antiguo laberinto, para obtener, en el mirador que domina el puerto, una definitiva victoria de la mirada sobre el mar y la isla. Las salinas de Ibiza crean ilusiones ópticas del agua que reverbera, rizada por el viento, en los estanques o, calladamente, se evapora con la luz cegadora de mediodía. Los antiguos afirmaron que Ibiza estaba situada a tres días y tres noches de las columnas de Hércules y, hoy aún, mantiene el azul de antiguos dioses que se turban, siempre, al despertar. ●

